

La generación del cine

Carlos Lamas, AIMC

Nunca he escrito nada específicamente sobre el cine, aunque sí lo he hecho -siempre en mi especialidad profesional, la investigación de los medios- sobre la prensa, la televisión, Internet o la radio. Y probablemente nunca lo hubiera hecho si el inconsciente e insensato editor de este Libro Verde no me hubiera llamado para solicitarme una colaboración para el mismo. Petición que no quise rechazar por el carácter insólito y un tanto frívolo de la misma ya que -aparte de haber iniciado el Censo de Cines que AIMC edita regularmente desde el año 2000 y haber participado en un estudio de la efectividad publicitaria del medio en 1996- no cuento con conocimientos o experiencias especialmente relevantes sobre el tema.

Pero si mi vida profesional no ha estado muy cerca del cine, la personal ha estado impregnada, marcada, condicionada e iluminada por el resplandor de los contenidos de la pantalla grande. Pertenezco a una generación -en la que, a estos efectos y un tanto arbitrariamente, encuadraría a los españoles que nacimos entre el final de la guerra civil y el año 1955- que nació sin televisión, sin Internet y sin videojuegos. Una generación que -por circunstancias de la historia y de la política- se crió pobremente tanto en términos materiales como culturales o intelectuales. Y a cuyos componentes el cine aportó entretenimiento, formación, fascinación, magia, fantasía e ilusión desde una ventana abierta a historias, emociones y vivencias sin cuento. Hemos sido la generación del cine al igual que hubo una generación de la televisión después y en los últimos años ha aparecido la generación de Internet.

Los recuerdos de nuestra niñez están fuertemente asociados al cine, en un grado infinitamente superior a las generaciones que nos sucedieron. Coincidimos con un momento de expansión de las salas de cine que no tuvo parangón en la historia. En el pueblecito de poco más de 10.000 habitantes donde algún año veraneábamos llegó a haber tres salas de cine; hoy en ese pueblo, ya con 25.000 almas, no queda ninguna. En la ciudad gallega de provincias donde nací y viví mis primeros años, los nombres de los cines tenían resonancias inolvidables: el *Tamberlick*, el *Cinema Radio*, el *Niza*, el *Odeón*, etc (ninguno de ellos sigue en pie).. Los domingos por la mañana, después de ver en la parroquia la cartelera con la clasificación moral de las películas (las que tenían un “1” eran aptas para todos; a las que tenían un “2” podían ir los jóvenes; con un “3” sólo los mayores; las de “3R” los mayores pero con reparos y si la puntuación era de “4” se consideraba como “*gravemente peligrosa*”), hacíamos un recorrido por los cines de la ciudad para *ver los cuadros* con las escenas de las películas y tomar una decisión lo mas informada posible entre las alternativas existentes. Mis amigos y yo solíamos ir al *Tamberlick* los domingos a la sesión de las tres de la tarde. Nuestra economía no daba para pagar las 5 pesetas que costaba una entrada de “*butaca*” pero con la generosa asignación de tres pesetas que recibíamos de nuestros progenitores disfrutábamos de localidades de “*anfiteatro*”, de “*general*” o de “*paraíso*” (creativa y apropiada denominación esta última para las localidades más elevadas). Nuestros juegos después del cine inevitablemente recreaban las situaciones de la película, después de una dura pelea dialéctica para asignar los papeles que cada uno de nosotros íbamos a representar. Como es normal, todos queríamos ser el protagonista (“el chico” que decíamos

entonces) pero todo tiene su excepción y recuerdo que la condición de favorito cuando fue la hora de *“El prisionero de Zenda”* recayó en el cínico y arrogante conde de *Hentzau* interpretado por un magnífico *James Mason*.

En nuestra pandilla clasificábamos las películas en tres grupos según su temática: *de guerra* (aventuras, espadachines, piratas, del oeste, bélicas, etc), *de risa* (el Gordo y el Flaco, Jaimito, Cantinflas, Charlot, los hermanos Marx, etc) y *de amor* (cajón de sastre en el que englobábamos a todas aquellas películas que, de forma para nosotros inexplicable, gustaban a las personas mayores, siempre tan raras ellas). Categorización casi tan simplista como incompleta pero que nunca he olvidado.

¡Y cómo vivíamos las historias del cine! Durante la hora y media de la proyección el mundo real quedaba fuera y nos sumergíamos totalmente en la vida que transcurría en la pantalla. Eso sí era auténtico *“involvement”*. Y cuando la cosa iba de llorar, yo derramaba generosas lágrimas amparado en la oscuridad de la sala. Era un lloro vergonzante porque se decía que *los niños no lloran* y no era cuestión de que el mundo pusiera en cuestión tu hombría. Hoy sigo llorando en el cine pero ahora lo hago sin ningún tipo de complejo. ¡Con lo saludable que es reír o llorar para tu bienestar emocional!. De mis lloros cinematográficos infantiles recuerdo especialmente los que provocó *“Capitanes intrépidos”* con *Spencer Tracy* en el papel del marinero portugués *Manuel* y *“Bambi”* -quizás porque no me esperaba una historia tan triste y dramática en una película de dibujos animados-.

Ya en nuestra pubertad, el cine cambió de significado y el componente aventurero perdió peso específico en nuestros gustos. Eran momentos de urgencias hormonales y había que convencer al portero del cine que ya teníamos 16 años para que nos dejara pasar a ver “pecaminosas películas” como *“Trapezio”* donde *Gina Lollobrigida* enseñaba los muslos por imperativos del guión o de la profesión, vaya usted a saber. La inculta y pazguata censura franquista se ensañaba especialmente con la superficie de piel femenina mostrada aunque no fuera ese el lado más oscuro de la tijera represora. Pero, mas allá de la censura oficial, nuestra generación siempre recordará la actividad de aquellos censores vocacionales que, especialmente en el cine de los colegios y otras instituciones, ocultaban al espectador los besos en la boca y otros pasajes de equivalente nivel erótico por el rupestre y expeditivo método de colocar una mano justiciera delante del proyector hasta que la historia regresara a unos cauces moralmente mas aceptables. ¡Qué estupidez!

El cine nos proporcionó nuestros más emblemáticos y sólidos iconos eróticos. Aunque los gustos en estos temas son siempre muy personales (y yo solo hablo desde el lado masculino y hetero que me ha tocado vivir), la *Silvana Mangano* de *“Arroz amargo”* o la *Rita Hayworth* de *“Hilda”* han indudablemente hecho historia. y, ya implantado el color, la secuencia del avión en *Emmanuelle* o el morbosamente atractivo de *Laura Antonelli* en *“Malizia”* han propiciado incontables y palpitantes sueños húmedos.

Otra etapa que nos tocó vivir en nuestra adolescencia y juventud fue la explosión de los *Cineforums*. El cine había tomado una nueva dimensión y se había intelectualizado. Había que leer a *“Cahiers du Cinema”* o en su defecto a *“Film Ideal”*. Había que discutir sobre el último propósito que el director había querido transmitir en su película (*el mensaje*, que se decía entonces). Y, para estar a tono con el ambiente, no tenías mas

remedio que entender, o simular que entendías, a *Ingmar Bergman*, por ejemplo. Y a veces era duro porque “*El séptimo sello*” o “*El manantial de la doncella*” tenían un pase, pero yo, por ejemplo, me estrellé con “*Fresas salvajes*”, que la ví ocho veces y las ocho me pareció un ladrillo incomprensible. En los cineforums, y después de la proyección de la película, se dialogaba y discutía sobre los valores e interpretación de la misma, normalmente bajo la coordinación de algún cinéfilo listillo. El coordinador conocía todas las preguntas e imponía todas sus respuestas al resto del auditorio, aplastando dialécticamente, si era necesario, a los pocos osados que se atrevían a disentir públicamente de la versión “oficial”. Muchas veces me preguntaba entonces por qué el condenado director de turno no había tenido el buen tino de aclarar al mundo el sentido de su mensaje, lo que nos hubiera ahorrado muchas discusiones estériles. Bueno, no todo era malo. Yo y tantos otros descubrimos entonces el valor de los directores, los auténticos creadores, y los nombres de *Ernst Lubistch*, *John Ford*, *Howard Hawks*, *Billy Wilder*, *Orson Welles*, *Alfred Hitchcock*, etc se incorporaron a nuestro repertorio habitual de personajes del séptimo arte.

Las salas de cine, cumplieron otra importante función social para nuestra generación. Propiciaron los primeros, e incluso los segundos y terceros, acercamientos físicos entre las parejas. Los enamorados buscaban la oscuridad cómplice de la sala para besarse, hacerse caricias y practicar toda suerte de escarceos amorosos con la única limitación de la relativa rigidez de la posición a mantener en la butaca. Recuerdo a un entrañable amigo de la universidad que, buscando ambientes apropiados para llevar a sus innumerables ligues, era especialista en convencer a las taquilleras para que le dieran las dos butacas más recónditas e íntimas de la sala argumentando que era muy tímido y que necesitaba un entorno oscuro y apartado para declararse esa misma tarde al amor de su vida. Las taquilleras se reían con semejante discurso y, aunque en absoluto lo creyeran, accedían gustosamente al juego.

Somos una generación de enamorados del cine, como el niño protagonista de “*Cinema Paradiso*”. Aunque conservamos un cariño especial por ese cine clásico que volvemos a ver una y otra vez en televisión, “*el cine que ya tendrías que haber visto*” del que habla TCM, hemos sido y seguimos siendo espectadores habituales de la gran pantalla y fervientes admiradores de las nuevas obras de arte que van apareciendo. Hemos incorporado nuevos nombres a la nuestra personal galería de directores admirados: *Martin Scorsese*, *Copolla*, *Woody Allen*, *Spielberg*, *Peckinpah*, *David Lean*, *Almodóvar*, *Clint Eastwood* y tantos otros. Hay que ir a las salas de cine, sin palomitas y sin teléfonos móviles, a dejarse enganchar por la perenne magia de sus historias. Es posible -le han surgido rivales muy fuertes- que el cine haya perdido hoy parte del protagonismo que antes tuvo en nuestras vidas. Pero ahí sigue: vivo, actualizado y, como siempre, *hecho del material con que se forjan los sueños*.